

Violencia y testimonio Notas sobre subjetividad y los relatos posibles

Susana G. Kaufman*

RESUMEN

Este artículo plantea algunas dimensiones analíticas para poner en perspectiva el tema del testimonio. Lo hace vinculando el relato experiencial de hombres y mujeres que han atravesado períodos históricos en que la violencia cambió el rumbo de sus vidas y cuyas consecuencias han sido compartidas en espacios públicos, en otros espontáneos o en entornos habilitados de escucha. Sus testimonios, además, se incorporan a la construcción de memorias colectivas.

El atravesamiento de lo subjetivo plantea una singularidad donde la construcción de lo único es lo inherente al testimonio. Es donde aparece el sujeto, el testigo. El núcleo temático pone el acento sobre esta perspectiva, lo que abre un campo en que la experiencia humana, los acontecimientos y la palabra se habilitan, transitan, dando lugar a la expresión, a la transmisión, y a la escucha. Se plantean, también algunas descripciones sobre formas en que los quiebres narrativos estructuran o desarticulan la capacidad de representación, de expresión y de transmisión de vivencias límites.

Algunos temas dilemáticos que se desprenden del texto plantean la relación entre el testimonio y sus efectos tanto en los debates de las políticas de la memoria, como en las consecuencias de alivio, elaboración o capacidad reparatoria del testimonio para quienes han sido sus protagonistas.

Palabras clave:

*Testimonio; Mundo
subjetivo; Fracturas de
la memoria*

Violence and testimony. Notes about subjectivity and the possible accounts

ABSTRACT

This article proposes some analytical dimensions to put the issue of the testimony into perspective. It does so by linking the experiential narratives of men and women who have undergone historical periods in which violence changed the course of their lives, who have shared the consequences of that violence in public spaces, in spontaneous settings or contexts of listening, and whose testimonies are incorporated to the construction of collective memories.

Going through the subjective gives rise to the singularity where the construction of the unique is inherent in the testimony. It is there that the subject, the witness, appears. The thematic core emphasizes this perspective, where human experience, events, and words can be expressed, transmitted and listened to. Some of the ways in which the narrative breaks contribute to structure or disarticulate the capacity to represent, express, and transmit limit experiences are described.

The article also rises some questions about the effect of testimony on the debates of the politics of memory, and about its capacity to bring relief, working- through or reparation to those who have been the protagonists.

Key words:

*Testimony; Subjective
world; Memory
fractures*

* Licenciada en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña en la práctica clínica, la investigación teórica y la supervisión en el trabajo privado e institucional. Es docente de la carrera de Psicología de la UBA y del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento/ Instituto de Desarrollo Económico y Social (UNGS-IDES). Es miembro fundadora del Núcleo de Estudios sobre Memoria del IDES.

Hombres y mujeres protagonistas de su experiencia de vida y de un momento de la historia cuentan, recrean y transmiten sus vivencias, convirtiéndose en la voz de una época. Durante períodos de la historia marcados por violencias implacables, la palabra de quienes han sobrevivido, de quienes han podido dar testimonio se convierte en relevante para entender la condición humana y dar veracidad a hechos cuya magnitud destituye justamente la cualidad de lo posible.

El testimonio puede tornarse la voz de lo singular y de lo social, de la interrogación sobre sí mismo y sobre los otros que lo reciben. Al formar parte del espacio público toma fuerza en los debates políticos y en la formulación de preguntas sobre los acontecimientos generadores de procesos políticos y de violencias ejercidas. En distintos estilos discursivos, relato y época se transparentan de manera tal que nos permiten acercarnos tanto a lo contingente con el curso de nuestra vida como al conocimiento de aquello de lo que no hemos sido protagonistas y cuyas determinaciones están en nuestro presente.

La novela *Suite Francesa* de Irene Nemirovsky (2005), escrita en los años 1940, despertó el interés de muchos lectores por el relato de la ocupación nazi en Francia y porque agregó a sus méritos testimoniales y literarios las alternativas que hicieron posible su publicación. La autora, asesinada en un campo de concentración, narra el drama y los pormenores de la vida cotidiana urbana y rural de esos años. Los manuscritos inéditos fueron confiados a sus dos hijas antes del arresto de la autora, quienes, escondidas durante el resto de la guerra, pudieron transportarlos en una valija que siguió las vicisitudes de esa penosa circunstancia. Así, lograron rescatar el texto para su publicación.

Este libro puede ser tomado como el testimonio de una doble situación: el silenciamiento de la palabra a causa de la violencia y la sobrevivencia y transmisión de esa misma palabra para atestiguar lo vivido. Muchos otros relatos literarios han tenido este sesgo y en vida de sus autores o tiempo después construyeron la memoria colectiva de una época.

Los espacios públicos o privados en que los testimonios son dados y escuchados orientan miradas y objetivos diferentes. En el campo judicial, su valor de prueba es relevante. En nuestro país, desde los juicios a las Juntas militares en la década de los ochenta y con la apertura de causas que juzgan delitos de lesa humanidad, la palabra de los sobrevivientes se ha tornado clave para la determinación de responsabilidades. Son los portadores de la palabra, de la

prueba y de lo que permite en el presente dar entidad a las formas y lugares de la violencia sistemática de la dictadura militar.

En las Comisiones de Verdad en países latinoamericanos, constituidas por equipos interdisciplinarios y auspiciados por el Estado, los testimonios recabados dieron cuenta de las formas de violencia en los conflictos armados de cada región. En algunos casos, aparece una doble dimensión de los relatos puesto que, al haber sido realizados en zonas campesinas alejadas y acalladas por las violaciones a los derechos humanos perpetradas como parte de esas luchas armadas, transparentaban viejos avasallamientos étnicos y de clase social. En estos espacios, los testimonios tienen por objeto probar hechos de los cuales ellos o sus allegados han sido protagonistas. Se diferencian de otros ya que no están centrados en la mirada sobre la experiencia íntima, aunque parten de ella. A su vez, se distinguen de testimonios hechos en otras circunstancias formales o entornos de escucha en que la palabra del testigo tiene como eje sus vivencias, el relato sobre ellas y las construcciones subjetivas de sentido.

El testigo está siempre expuesto a las consecuencias psicológicas de su propia rememoración y a las presiones y resabios de violencia que pueden mantenerse vigentes en la arena política. Cabe incluir que las condiciones de escucha son fundamentales para el cuidado y acompañamiento de los testigos. Los efectos reparatorios de dar testimonio en los ámbitos descriptos vinculan el reconocimiento del valor de verdad de las violencias padecidas con la impronta traumática de éstas y sus consecuencias. La fuerza reparatoria de estas legitimaciones no implica minimizar ni negar lo irreparable de los avasallamientos físicos, morales y psicológicos que han quedado en las víctimas, sino contribuir a devolver dignidad e integridad frente al arrebató y humillación de las experiencias padecidas. La significación subjetiva, las asignaciones de sentido y el efecto reparador del testimonio exceden toda generalización, ya que implican la consideración de las historias personales y las formas particulares de transitar esas experiencias vividas.

El testimonio como expresión de lo singular

La implicancia de la dimensión subjetiva plantea una singularidad en la que la construcción de lo único es lo propio del testimonio. Allí aparece el sujeto como testigo singular. Desde una concepción de lo subjetivo en la que la experiencia vital posiciona al sujeto determinado por el lenguaje, el testimonio se plantea como

un campo de la experiencia; los acontecimientos y la palabra se habilitan, transitan, dando lugar a la expresión, a la transmisión, y a la escucha.

En esta perspectiva, el relato experiencial no se centra en una perspectiva ética donde testimoniar es hablar desde el mandato de recordar y contar, ni hablar por los que no están (los “testigos radicales” de Giorgio Agamben, 2000), sino desde la perspectiva de aquello que refracta en el yo, en el propio cuerpo, en las representaciones posibles y en el narrar para dar o revisitar el sentido de lo vivido. Es una narración en primera persona, llena de tensiones y ambivalencias, como toda enunciación en la que los sentimientos y la temporalidad de una experiencia están involucrados.

En la narración las categorías temporales se superponen, como sucede con todo ejercicio en que la memoria está involucrada trabajando con recuerdos, con anclajes en acontecimientos que funcionan como referentes, a veces nítidos, otras veces más borrosos para la reconstrucción de la historia. En ese juego de tiempos y recuerdos, un relato recrea la experiencia, interpreta versiones del pasado desde un presente que lleva a la construcción de significaciones, de sentido.

Las marcas de la violencia

Si la búsqueda de sentido es lo que caracteriza al narrador, el relato de lo ocurrido en tiempos de violencia toma sus propios relieves. Así lo prueban tramos de la historia reciente en Argentina y la enorme producción de testimonios sobre guerras, exilios, campos de concentración y otras formas de violencia social como situación límite de la experiencia humana. En estos escenarios, las coherencias narrativas se desordenan para entrar en zonas brumosas en que hechos, recuerdos, olvidos y huecos aparecen, o sólo muestran sus grietas y los silencios que impuso la vivencia de lo intolerable.

Las palabras, las mismas que organizan el sentido de la experiencia, se desdibujan, se pierden o se fisuran convirtiéndose en síntoma. Un quiebre que mantiene latente las heridas y que no logra entrar en el mundo de las representaciones ni configurarse en palabras. Estas fisuras narrativas y semánticas son síntoma del sujeto y hacen de la violencia el testimonio brutal de un período. La historia cobra importancia en cada uno de sus momentos y la narrativa da materialidad al acontecimiento y a su posible transmisión. En momentos en que la violencia destituye el curso de una vida y hace estallar los límites humanos en el espacio de lo inenarrable o de lo siniestro, la memoria volcada en un relato se constituye en un intento de recuperación identitaria frente a lo que la

violencia expropió o cambió radicalmente al dar un giro en el que el individuo perdió sus referentes habituales. Pero hay situaciones en que esa búsqueda no puede ser expresada, y el silencio puede convertirse en el único espacio de lo propio, de lo que queda del arrebato a la intimidad que implicó la violencia padecida (Pollak, 2006).

En otros casos, el relato incesante de la experiencia reproduce la fuerza del impacto y la palabra cristalizada que no despega de él. Allí el tiempo aparece suspendido y la repetición trae lo inelaborable. Los trabajos de Dori Laub al respecto plantean que el imperativo de “contar” se une a la necesidad de sobrevivencia de tal manera que “los sobrevivientes no solo necesitaban sobrevivir para contar su historia; sino que necesitaban contarlas para sobrevivir”. Y agrega que en estos casos: “hay en cada sobreviviente una necesidad imperativa de contar y entonces llegar a conocer su historia, no obstruida por los fantasmas del pasado [...] conocer su propia verdad enterrada para poder vivir su vida”¹ (Laub, 1995: 63).

El testimoniante como autor y narrador trabaja con restos mudos, con recuerdos fragmentarios, que se articulan en relatos que intentan traer la experiencia real, vivida, pero que, al mismo tiempo, se encuentran con la imposibilidad de no poder evocarla parcial o totalmente. En la narrativa de este tipo de experiencias, estructurar un sentido se tropieza con el límite de que la violencia fue de tal magnitud que toma una significación totalizadora y masiva, enmudece los sentidos cotidianos del curso de una vida y expone al sujeto a la lucha por la sobrevivencia.

La experiencia y las palabras

La conocida alusión de Walter Benjamin (2012) al referirse a cómo los soldados volvían enmudecidos y empobrecidos de la guerra de trincheras entre el año 1914 y 1918, es el mismo escenario que toman los psiquiatras ingleses al estudiar los efectos del cuerpo a cuerpo del frente de batalla y de los que conceptualizaron en la teoría psicológica la noción de “identidad” para aludir al reverso de la fragmentación psíquica y a la destitución de la palabra a consecuencia de la vida durante la guerra.

En el comienzo del siglo XX, en medio de cambios científicos fundantes para el conocimiento de la subjetividad humana, la teoría psicoanalítica, al plantearse el padecimiento y la enfermedad mental, trabajaba con la historia personal como campo de sus investigaciones y con la palabra como el camino y la brújula que orientaba esa

¹ La traducción de las citas del texto de Dori Laub es propia.

búsqueda. Fue la palabra la que posibilitó los descubrimientos que llevaban a la etiología y a la elucidación del conflicto.

En las ciencias sociales, las investigaciones llevadas adelante por quienes trabajan en el campo de los procesos y transformaciones sociales en las últimas décadas dan a la palabra y a la voz de los sujetos un papel relevante como protagonistas en el escenario social y, de la mano de la dimensión subjetiva en las perspectivas cualitativas, a la experiencia humana y al testimonio como instrumento de estudio en el escenario público y político.

Sufrimiento traumático y testimonios fragmentados

La construcción de memorias convoca a la reconstrucción de hechos y testimonios sobre las heridas individuales y colectivas, y los testigos se convierten en la voz de esas experiencias. A lo largo de estas décadas la preocupación creciente por las consecuencias de guerras, guerras locales, fundamentalismos, el terrorismo de Estado, la tortura y otras formas de violencia sistemática ha renovado el interés por la noción de trauma como un instrumento para la comprensión de las marcas que estos procesos devastadores dejan a nivel subjetivo e intersubjetivo (Kaufman, 1998).

En circunstancias de catástrofes sociales, los procesos de la memoria sufren fragmentaciones, bloqueándose parcial o totalmente el acceso a la rememoración. Es la posibilidad de representación de la experiencia límite lo que puede llevar a reabrir lo ocultado, lo borrado, y también, en dirección inversa, a reprimir y mantener lo vivido en el olvido y el silencio. La vivencia traumática puede estar en el núcleo del trabajo de la memoria, posibilitando su expresión o provocando por sufrimiento la fractura entre los procesos de recordar y de olvidar. Y es el lenguaje el que puede habilitar la expresión de lo intolerable o silenciar las experiencias que han excedido los límites de la tolerancia psíquica. Expresiones como “lo inhabilable” o “lo indecible” que hallamos en textos de la literatura testimonial del Holocausto expresan esas fracturas que el padecimiento ha impuesto al recuerdo y contra las que la necesidad y el deseo de testimoniar han tenido que luchar.

En medio de la enorme necesidad de comprender e intervenir sobre los efectos devastadores de la violencia estatal, gran cantidad de trabajos psicológicos y asistenciales en el área de los trabajadores de Salud Mental durante la dictadura y posdictadura se orientaron a revisar la noción de trauma para poner en dimensión los efectos de la represión sistemática, las políticas de desarticulación de los vínculos comunales, los efectos de la desaparición forzada y los duelos irreparables agravados por la falta de información sobre

destinos de los desaparecidos como parte de la misma política manifiesta y clandestina.

Estas proyecciones de la noción de trauma se han extendido a la comprensión de los fenómenos sociales. “Trauma colectivo”, “trauma social” son algunas de las expresiones más usadas, y la noción de miedo aplasta la capacidad de participación y de expresión como parte del proceso de imposición de discursos autoritarios.

El concepto de trauma fue un aporte del psicoanálisis a la investigación sobre las formas del sufrimiento, heredero del saber médico y contingente con las circunstancias que vivía Europa en las primeras décadas del siglo XX. Era una herramienta para revisar la relación entre pasado, historia y síntomas, y para desagregar las vicisitudes del mundo psíquico y los efectos e impactos de lo real. Como dimensión de observación y de trabajo, hablar de “trauma” es más que describir la iconografía de los sufrimientos humanos. Es lo que, por un lado, permite la mirada sobre las formas de padecimiento y por otro, lo que puede revelar, a través de sus huellas y del mecanismo de la repetición, su etiología y su elaboración posible. La repetición necesariamente trae olvidos y distancias con un relato que revela el pasado, lo vuelve a traer y también se disocia de él por la fuerza e impacto de lo vivido.

Cuando el sufrimiento traumático, los límites yoicos y las condiciones y circunstancias idiosincráticas previas al hecho devastador afectan la integridad de una persona, la patología es lo único que restitivamente da sentido a lo vivido. En la enfermedad, producto de las heridas, es la locura la que testimonia e interpela a los demás: la construcción delirante, por ejemplo, incluye la experiencia vivida, lo negado, lo silenciado y trae la historia, la comunica a los otros, testimonia, pide por verdades, no deja que quienes están alrededor callen. Es “un hablar sobre y un hablar a”. En estos casos, el mundo simbólico marca un momento en que el sujeto trata de encontrar un camino de inscripción psíquica que lo traumático despojó de su mismidad, es decir, de la mirada integrada sobre sí mismo. El impacto de la violencia hace que se pierda para sí mismo y a los ojos de los demás su consistencia de sujeto. La subjetividad queda doblemente expropiada: el trauma vivido y la enfermedad como rumbo (Davoine y Gaudilliere, 2011).

Relatos y testimonios de infancia

En distintas claves discursivas: biográfica, autobiográfica o ficcionalizada, las memorias de infancia buscan recuperar experiencias, hechos, lugares y lazos afectivos referentes para dar identidad y continuidad a la historia personal. En los casos de pérdidas de

seres queridos o por haber sido parte y afectados directos en climas y acontecimientos de violencia, estas búsquedas trabajan sobre restos mudos o en girones narrativos en que tiempo, memoria y relato se combinan con la complejidad y el orden asociativo y secuencial que impone el presente.

La obra teatral *Mi vida después* (Arias, 2009) realizada y guiada sobre entrevistas hechas por la autora a hijos de militantes en Argentina y en Chile, plantea la reconstrucción de memorias e historias de vida de padres muertos o desaparecidos y los recuerdos de los primeros entornos de crianza y cuidados. En la escena, y con recursos performáticos, pequeños indicios, fotos o algún objeto del pasado rescatado e intervenido en el presente pueden constituirse en parte de una trama narrativa que da identidad a la historia y genealogía a los recuerdos o a su construcción posible. La colección de objetos y ropas puestos en escena llevan al espectador a un viaje al pasado donde lo material trae la memoria y se articula desde una estética particular, ruidosa, desordenada, desacralizada que entrama recuerdos y completa los huecos de la historia de sus protagonistas.

En la novela *La casa de los conejos*, Laura Alcoba (2008), la autora, reconstruye su experiencia de niña en una de sus casas de infancia, base de la militancia de sus padres en la agrupación Montoneros en los años setenta. Un lugar donde lo cotidiano tenía varios planos: la vida ritual en un barrio de la ciudad de La Plata, la actividad de clandestinidad del trabajo político y la vida familiar ampliada con personas que se incorporaban a sus momentos, diálogos y a su mundo infantil. Los recuerdos configuran, décadas después, un relato conmovedor del lugar de testigo de aquella experiencia que marcó su infancia. El juego infantil, la curiosidad y la vida familiar eran lo seguro, lo incierto y la aventura. Una mezcla de sensaciones que ponen en perspectiva una superposición de imágenes y de tiempos poniendo al lector frente a una historia que en clave autobiográfica recupera imágenes, palabras y sentimientos encontrados. En el discurso de la autora se deslizan las preguntas inquietantes sobre el significado de esa vida de sus mayores en que una niña de siete años en medio de su crecimiento perdía referentes, incorporaba otros y atravesaba, por un lado, la garantía del cuidado y, por otro, los miedos de los riesgos que allí se respiraban.

Relatos y recuerdos de infancia son volcados en narrativas cuya dinámica temporal y discursiva se fusiona con el campo de fantasías y restos de reconstrucciones en que acontecimientos y ficciones acomodan hechos y recuerdos vivenciales que configuran la historia pasada. La temporalidad plantea mediaciones en que la

narración no es secuencial sino que se configura en tramas que dan significación a la experiencia.

A veces lo que transmiten esos relatos testimoniales es la historia del haber sido parte y testigo de las vivencias de sus mayores, en otros aparecen preguntas de experiencias que no fueron narradas. Cuando no hubo relatos, la ausencia de palabras es posible de ser representada en formas fantasmáticas que sostienen interrogantes y grietas en la construcción de la historia.

Los estudios sobre los procesos de transmisión generacional en la infancia muestran cómo las construcciones subjetivas condensan identificaciones de generaciones anteriores. La historia contada o silenciada de la vida familiar, de quienes anteceden en la cadena generacional, puede convertirse en la historia secreta de los niños y hace persistente el pasado en el presente, como la forma de dar sentido a la historia incompleta o desconocida (Kaufman, 2006).

Historiales clínicos y aportes teóricos del psicoanálisis como los de “transposición traumática” o los de “telescopaje generacional” (Faimberg, 1996; Kestenberg, 1993) han aportado a la comprensión de patologías cuyo origen tiene que ver con violencias padecidas por antecesores y víctimas de genocidios de la segunda guerra mundial y cuyos efectos se hacen evidentes en las generaciones que siguen. En estos casos son los síntomas los que testimonian la experiencia de transmisiones mudas por un lado y reveladoras de su fuerza por otro.

En nuestro país, con el fenómeno de la apropiación de niños y del doble robo que esto significa—la negación del origen y el avasallamiento violento de la identidad—, la reconstrucción de relatos de infancia se abre como una deuda ética y social para la sociedad en general. Sobre los efectos subjetivos de esta parte de nuestra historia, que ya lleva varias décadas, los hijos de desaparecidos que dan testimonio de experiencias de infancia deben lidiar con los huecos de no poder recibir otras narrativas que las que puedan reconstruir con la ayuda de los nuevos entornos recuperados, desmontando ocultamientos y versiones anteriores y reconstruyendo con sus propias búsquedas a partir de los nuevos horizontes. Conocer la historia sobre el origen y el destino de sus padres pone a estos jóvenes frente al desafío de armar sus vidas con estos duelos, en muchos casos saber que sus apropiadores han sido los asesinos de sus padres, y en otros convivir con los modelos y marcas de una crianza ajena a las que sus progenitores hubieran deseado para ellos.

¿Qué verdad trae el testimonio?

Un tema bastante inquietante es el que vincula testimonio y verdad. Y es acá donde entran variables únicas: la memoria y sus huecos, los modos narrativos, las metas éticas y la verdad histórica que construyen los relatos mayores.

Articular el pasado en una narrativa es captarlo como recuerdo, como imagen que trata de retener lo ocurrido, de ser reconocido como real y transmitido. Significa que “la verdadera imagen del pasado pasa súbitamente. Solo en la imagen, que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad, se deja fijar el pasado” (Benjamin, 2010: 61). Y su fuerza de verdad material, histórica, sólo es perdurable en el poder de quienes tienen la hegemonía de mantenerla vigente y de darle los espacios públicos y la oportunidad política para su expresión. La palabra del testimoniante se convierte en parte de esta red de comunicación social.

Desde la perspectiva subjetiva, la noción de verdad parece estar ligada tanto a la experiencia de realidad material como a la realidad psíquica. Todo relato autobiográfico puede presentarse como la verdad, en tanto representa al sujeto y a su sentido en construcción. Si pensamos al narrador como quien en su singularidad tendrá siempre una verdad narrativa coherente con la contingencia en que una experiencia es vivida, su enunciación tiene esta misma singularidad irrefutable.

Un rasgo que resalta en el testimonio de víctimas de violencia es que la verosimilitud de lo vivido se torna débil, dudosa, en tanto que el trauma produce una sensación de ajenidad vivencial, una disociación profunda en el momento de la experiencia que convoca la fuerza yóica de la sobrevivencia y, al mismo tiempo, una distancia de lo que acontece. La integración de estos aspectos es, a veces, la repetición de la narrativa o el silenciamiento como recuperación íntima de lo que le fue arrancado. En este punto, la escucha es fundamental.

Dori Laub, en sus trabajos sobre la escucha de testimonios en relación al Holocausto, advierte “que la experiencia traumática ha estado en general sumergida y se ha vuelto distorsionada. El horror de la experiencia se mantiene en el testimonio solo como una memoria elusiva que da la sensación de que no se parece a ninguna realidad” (Laub, 1995: 62).

Cuestiones

La articulación entre violencia social, construcción de memorias y testimonio plantea algunos temas que en estas últimas décadas han

cristalizado interpretaciones y otros que cambiaron la dirección de debates, en concordancia con la época y con la apertura de ámbitos de discusión crítica. La relación entre testimonio, militancia y victimización es uno de ellos. No hay duda de que quienes han sido sujetos de violencias extremas son el síntoma y la expresión de lo condenable, pero el uso político de los testimonios ha tenido vicisitudes particulares, según los tiempos que corrían.

En nuestro país, en la década de los ochenta, los testimonios traían el relato descarnado sobre las formas de la represión clandestina y sobre alusiones que podían orientar algo respecto del destino de los secuestros y desapariciones. Eran narrativas sobre hechos y vivencias que los organismos de derechos humanos y el Estado recogieron como parte de “Nunca Más” y como banderas de lucha y de búsqueda de justicia. En las décadas siguientes, con juicios sustanciados y causas abiertas, otras preguntas sobre la historia reciente le dieron a los testimonios el valor de contribuir, más allá del sufrimiento de las víctimas, a la formulación de cuestiones sobre su involucración como sujetos de agencia política y como parte de proyectos políticos. Víctimas y sujetos políticos abren un campo de debate que, con la incorporación de las nuevas generaciones, pone en tensión relatos heroicos e intactos con perspectivas críticas sobre los setenta, la lucha armada y los proyectos libertarios involucrados.

Respecto de la noción de “trauma”, utilizada con frecuencia para describir las consecuencias psíquicas y psicosociales de la violencia, en las últimas décadas el uso teórico de los mecanismos psíquicos involucrados en su paradigma ha estado, en parte, alejado de su sentido teórico original, no tanto en la descripción de las marcas de la violencia sino en la idea del valor de reparación y cura del testimonio. Tomó fuerza en las consignas del “recordar para no repetir”, en las que el recuerdo se vuelve imperativo, un mandato ineludible, parte de consignas políticas por la memoria y reclamos de justicia. Estos sentidos se alejan de la frase original que la teoría freudiana invoca y del lugar que el mecanismo de la repetición tiene en las metas de la cura desarrolladas por Freud (1986).

Poniendo en tensión la relación entre lo público y lo privado, el entorno de lo íntimo –de lo que sólo refracta sobre el sí-mismo–, si bien el testificar está ponderado por el valor ético y por su efecto en los procesos de transmisión, no es garantía de reparación si se trata de entender su efecto sobre quien narra y transmite. La narración no es siempre “la escritura o la vida” de Jorge Semprun (1997), quien le da a la escritura un lugar de reparación simbólica frente a lo que representó lo “invivable” de su reclusión en el campo

de concentración. A veces la oralidad o la escritura no han podido apagar las marcas de la violencia.

La literatura testimonial del holocausto y la palabra de sus autores muestra que quienes a lo largo de sus vidas han podido resignificar lo vivido y comunicarlo a través de su obra, luego no pudieron sostenerlo para sí mismos y encontraron sólo soluciones radicales como la muerte, lo que puede revelar que el sufrimiento traumático, su testimonio y el lugar de la memoria pueden tornarse eficaces en su transmisión e inelaborables para quienes lo han vivido. El llamado “deber de memoria o el vivir un día más para contar”, en palabras expresadas por un sobreviviente del *Holocausto*, problematizan la relación entre metas morales y procesos psíquicos acerca de la función reparatoria que le asigna al testimonio y al proceso de transmisión.

La clínica y el psicoanálisis como hermenéutica desafían la relación entre temporalidad y efectos de las experiencias traumáticas que pone en duda el lugar del tiempo en los alcances y concepciones de la cura. Lo traumático muestra la persistencia de sus marcas en síntomas y patologías a lo largo de la vida de quienes han testimoniado en el espacio público. El trabajo íntimo posible, la búsqueda de sentidos y acomodaciones psíquicas no siempre llevan a la elaboración de quienes han padecido situaciones límite. Estos procesos complejos en su elucidación dependen de dinámicas, experiencias íntimas y vinculares previas y de contingencias actuales.

A diferencia de la escritura y de otros espacios en que las dimensiones performáticas o poéticas se ponen en juego y en las que es el lector quien completa los sentidos de los textos, en la oralidad del testimonio la escucha, la alteridad y el ámbito de transferencia creados se tornan parte de la tarea de testimoniar y de escuchar la revivencia, las vueltas fragmentarias del recuerdo a lugares, vacíos y siniestros que tratan de no ser totalmente atrapados por un pasado inmovilizador. El narrador y su escucha participan de reflexiones, de la reafirmación de la veracidad del pasado y del trabajo de su asimilación al momento de la vida actual.

La perspectiva que parte de la observación e investigación clínica con afectados –que incluye mi propia práctica e inferencias teóricas– y las derivadas del trabajo en el entorno de la situación analítica, plantea éste como uno de los espacios en que el proceso terapéutico hace posible formular una nueva narrativa, articularla con la realidad y transferirla a un otro, reactualizar la experiencia y volver a incorporarla de manera menos demonizada. Contar, recordar, revivir se convertirán en parte de los intentos para aliviar el sufrimiento, para poder darle inscripción subjetiva y reapropiarla.

Las dimensiones del enfoque subjetivo sobre el proceso de testimoniar volcadas hasta aquí, cobrarán densidad en la construcción de cada historia personal que, permeada por la cultura y la época, se estructuran en una subjetividad en que acontecimientos y vivencias eslabonen temporalidades y significaciones. X

Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*, Valencia: Pre-textos.
- Alcoba, Laura (2008). *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Benjamin, Walter (2010). “Tesis de filosofía de la historia”. En: *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: El cuenco de Plata.
- Benjamin, Walter (2012). “Experiencia y Pobreza”. En: *Escritos Políticos*. Madrid: Abada. Pp. 216-222.
- Davoine, Françoise y Gaudilliere, Jean-Max (2011). “Del hundimiento de un mundo a la locura como búsqueda”. En: *Historia y Trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Pp. 45-92.
- Faimberg, Haydee (1996). “A la escucha del telescopaje de las generaciones: pertinencia psicoanalítica del concepto”. En: Kaës, Rene; Faimberg, Haydee; Enríquez, Micheline; Baranes, Jean; *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu. Pp. 81-85.
- Freud, Sigmund (1986) [1914]. “Recordar, repetir, reelaborar. Nuevos consejos sobre la técnica del Psicoanálisis II”. En: Sigmund Freud; *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu. Pp. 145-147.
- Kaufman, Susana (1998). “Sobre Violencia Social y Trauma”. Comunicación presentada en las Jornadas sobre memoria y violencia. Montevideo, Uruguay.
- Kaufman, Susana (2006). “Lo legado y lo propio. Lazos familiares y transmisión de memorias”. En: Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana; *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI. Pp. 47-71.
- Kestenberg, Jean (1993). “What a Psychoanalyst learned from the Holocaust and Genocide”. En: *International Journal of psychoanalysis*, 74: pp. 1117-1129.
- Laub, Dori (1995). “Truth and Testimony: The Process and the Struggle”. En: Caruth, Cathy (ed.); *Explorations in Trauma*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press. Pp. 61-75.
- Nemirovsky, Irene (2005). *Suite francesa*. Barcelona: Salamandra.
- Pollak, Michel (2006). *Memoria, olvido, silencio*. La Plata: Al Margen.
- Semprun, Jorge (1997). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.